

Lecturas filosóficas
(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

PLATÓN, ¿POR QUÉ PLATÓN? ¿QUÉ PLANTEABA SU “CIUDAD JUSTA”?

Platón, nació, en Atenas, en el 427 antes de Cristo, con el nombre de Aristokles. Se dice que el nombre de Platón se debió a la anchura de su frente, pero lo que es cierto es que su familia era de alto linaje. El padre, Ariston, tenía en la familia, así se aseguraba, a Codrus, último rey de Atenas y su madre, Perictione, también procedía de una gran familia.

Es inútil hablar de su papel y función en la filosofía y, sobre todo, en la Academia famosa. El objeto de este libro es reencontrarnos —como lo hizo Hegel— con Platón en la Ciudad, en la Polis, y en su oficio de esclarecedor —él a veces tan oscuro— en su República y en su libro Las Leyes.

¿Cómo se enfrenta, cómo se confronta, —a la vera de Aristóteles y Sócrates— con los problemas el hombre, el de la amplia frente, desde la jerarquía de su clase social? En principio, construye la utopía, el lugar que no existe. Es singularmente válido señalar que, en términos de clase, no quiere ver la Política como el fundamento de la Ciudad, de la Polis. Ve y asume la Política como un sendero que le conduce a pensar que existe otro camino de acercamiento a la felicidad humana. Asume que la salud del hombre es la salud del alma y el ascenso, ético, hacia la función moral entre la Belleza y el Bien.

Atento, apasionadamente, a lo que ocurre a su alrededor, desde el 421, esto es, desde la Paz de Nicias que termina la Guerra entre Esparta y Atenas. Espectador de los conflictos entre la oligarquía y la proyección de la democracia —régimen del *demos*, esto es, del pueblo— la *mirada* de Platón es una primera mirada universal. Asume que la *Polis*, la Ciudad organizada es, también, una contradicción entre los “muchos” y los “pocos”, entre las clases populares y los *aristoi*, los mejores, entre los “*aristoi*” y la oligarquía: los *oligoi*.

Juan María Alponente

Su derredor, ciertamente, es la Política. Asume que el conflicto socio-político, explicitado por Aristóteles como se refleja en el capítulo anterior, es inseparable o poco dissociable de un conflicto histórico: la lucha, la *stasis*, entre los *hoi oligoi* y los *hoi polloi*, es decir, entre los “pocos” y los “muchos”.

Hoy diríamos, con claridad, entre los ricos y los pobres. Le faltaba, a Platón, Karl Marx para esclarecer, en términos de clase, la confrontación. Hijo de una gran familia ve, con cierto desdén, el afán, en su derredor, por el *kerdos*, por la ganancia y la especulación –causas de guerra– y de una permanente *stasis* que conduce al desvarío, esto es, a la *ate*. Esclarece, Platón, que la *stasis*, la discordia, llega, alcanza y genera no sólo la guerra exterior, sino, también, la guerra civil.

Su preocupación por la *koinomia*, la comunidad ateniense, le conduce a pensar “que la salud del hombre no se encuentra en la política”. Piensa que el centro de la vida humana no puede limitarse al conflicto entre los *hoi oligoi* y los *hoi polloi*, sino que era precisa una conversión fundamental, fundada en la razón, en una moral, ¿estética?, ¿filosófica?, que elija la Belleza y el Bien como centros de la actividad humana.

Dejo, para el ascenso al pensamiento platónico, otro elemento cognitivo de la filosofía platónico: la verdad. ¿Cómo vincular, platónicamente, en la *koinomia*, las contradicciones sociales y políticas y la fulgurante proposición de la verdad?

Huye, por tanto, hacia el Estado Ideal. Suprime la familia y la propiedad y define una educación de Estado donde se prepare a los hombres para los distintos niveles de integración en la sociedad. Su Ciudad Ideal es, todavía, un ejemplo de una visión metafísica e idealista. En Las Leyes Platón intenta establecer la constitución de su Ciudad Ideal.

De todas maneras esa gigantesca fuga hacia adelante encontrará un modelo viviente. Su encuentro con Sócrates tendrá una importancia capital para Platón y para la filosofía.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

Sócrates –470-399– no ha dejado una sola línea. Todo lo que sabemos de él, enorme e inusitado, ferviente y polémico –la palabra *pólemos* tiene, en el idioma griego, una connotación de guerra– lo conocemos por los otros. Será para Platón, el encuentro con Sócrates, un acontecimiento cultural y filosófico. Él, sin más, reescribe a Sócrates. Nos lo entrega; nos lo hace posible.

En principio Sócrates no pertenecía, como Platón, a las clases superiores, pero tuvo como discípulos –maestría del maestro– a los *aristoi*, a los mejores. Extraña aventura del conocimiento que nos ha devuelto a Sócrates como parte superior del imaginario colectivo. Lo que enseñó, lo que supo, sus comportamientos cotidianos, su muerte –que se convertiría en epopeya y en ejemplo fascinante– es la prueba, filosófica, de lo imprevisible.

El proceso de Sócrates –en el 399 antes de Cristo– es el proceso histórico-político del Hombre; no el de Jesucristo. El de Sócrates, en la Polis, es el juicio del rebelde, del inquebrantable a la sumisión. El Banquete de Platón es el acercamiento, en lo inmediato y memorable, a Sócrates. Los dramaturgos de su tiempo le eligen como ejemplo mítico y como huida hacia el sarcasmo. Aristófanes le perfila, cómico, en *Las Nubes* y aparece, como “cosa pública”, en *Los Pájaros*. Su constante tensión contra los prejuicios y mitos ideológicos o religiosos de la Polis –por ello será condenado– le harán el mejor maestro de Platón. A las mismas horas en que Aristóteles y Platón conforman una de las más bellas polémicas filosóficas y culturales de la historia de las ideas. Juntos quedan; juntos los tenemos. Es imposible separarlos.

Sócrates no es la referencia filosófica (o cotidiana) de Aristóteles; es el centro de la meditación platónica. La filosofía, los filósofos no se inventaron. Viven y nos sobreviven.